

LA ACTUALIDAD ARGENTINA: ENTRE EL TALENTO Y LA FRUSTRACION (*)

*Miguel Angel CIURO CALDANI (**)*

Es un dato generalmente reconocido que entre la naturaleza de nuestro país, ricamente dotada, y nuestra sociedad no sólo pobre sino crecientemente empobrecida, hay una amplia diferencia. En cambio, no es tan claro el reconocimiento de la diferencia que existe entre la capacidad del país para producir talentos y la aptitud de nuestra organización social para asimilarlos. Es más: parecería que la rica generación de talentos es frustrada por una organización que tiende a impedirles su desarrollo o a obligarlos a emigrar.

Nuestra población es producto de una inmigración calificada, con vasta aptitud para producir individualidades brillantes, comparables con las que ocupan lugares descolantes en los evolucionados países de origen. Sin embargo, nuestra organización social está en gran medida condicionada para su fracaso. A poco que consideremos nuestra situación veremos a nuestro alrededor aptitudes personales desaprovechadas y en el exterior una cantidad desproporcionada de argentinos exitosos.

Uno de los derechos humanos más importantes es el de disponer de una estructura social idónea para el desarrollo de las propias capacidades, pero en nuestro medio ese derecho resulta frecuentemente burlado por la insidiosa opresión que con frecuencia condena al fin a la mediocridad. La insuficiencia en este sentido es causa de una de las mayores injusticias que padecemos, aunque de cierto modo se trate de una injusticia que nosotros mismos contribuimos a producir. La tensión entre aptitudes y oportunidades genera desorden en las adjudicaciones, con abundantes conflictos entre las distribuciones de la naturaleza y los repartos e impide comprender con suficiente claridad nuestra problemática de justicia. La injusticia del talento maltratado quiebra, por ejemplo, los desarrollos de la justicia conmutativa (con contraprestación) y distributiva (relativa) y proyecta su sombra de "desvalor" sobre las otras adjudicaciones. La legitimidad aristocrática (por superioridad moral, científica o técnica) resulta crecientemente marginada, se abandona la idea de merecimiento, cunde la rutina y, al fin, el régimen se hace a menudo no humanista sino totalitario. Los más talentosos suelen quedar a merced de las agresiones de los demás individuos, del régimen en su conjunto, de sí mismos e incluso de todo "lo demás" (***). Es en estos términos que debe comprenderse la pobre lealtad social, no sólo de los individuos al conjunto sino de éste al desarrollo de las individualidades. Podría decirse que hay un círculo vicioso de la deslealtad, alimentado por la frustración.

Desde este punto de vista, el nuestro es un país "atípico", diferente de los que, en niveles altos o bajos, tienen equilibradas su capacidad generadora de talentos y las posibilidades de desarrollo que brinda su organización social. En la tensión no resuelta entre las capacidades y su aprovechamiento se desenvuelve lo que puede llegar a comprenderse como una situación "trágica" del talento argentino.

(*) Documento de trabajo para el curso "Comprensión jusfilosófica de la realidad nacional" del Ciclo de Orientación Definida de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Rosario. Homenaje del autor a sus alumnos que no pudieron crecer.

(**) Investigador del CONICET.

(**) Puede v., sobre la teoría triálista del mundo jurídico, GOLDSCHMIDT, Werner, "Introducción filosófica al Derecho", 6a. ed., 5a. reimp., Bs. As., Depalma, 1987; CIURO CALDANI, Miguel Angel, "Estudios de Filosofía Jurídica y Filosofía Política", Rosario, Fundación para las Investigaciones Jurídicas, 1982-84.

El igualitarismo que se difunde en el pensamiento contemporáneo puede ser relativamente legítimo para corregir los desvíos de los regímenes excesivamente jerarquizados pero, sobre todo en medios como el nuestro, puede convertirse en una ideología de la mediocridad. El igualitarismo es, incluso, opuesto a la igualdad de oportunidades.

Todo régimen de justicia debe respetar la igualdad, la unicidad y la comunidad de todos los hombres. Su desconocimiento resulta, en definitiva, contrario al perfeccionamiento cósmico.

Sólo que parece tratarse de una tragedia cada día más silenciosa, por la que hay poca preocupación, por lo menos poca preocupación eficaz.

El desajuste que señalamos es causa de uno de los más significativos interrogantes de nuestro porvenir: ¿qué ha de prevalecer, nuestra capacidad para generar talentos, produciendo al fin una organización social idónea para asimilarlos, o nuestra organización social frustrante, haciendo que al fin sólo se generen individualidades mediocres? Hasta hace relativamente poco tiempo contábamos por lo menos con una organización educativa que en general correspondía a la producción natural de talentos, pero hoy la educación se ha desorganizado y también ella parece encaminada a generar frustración.

Es notorio que en un mundo cada vez más "universal" hay un intercambio muy difundido de riquezas humanas y puramente materiales; pero —más todavía de lo que ocurre en el marco material— Argentina es un país que en el intercambio humano resulta francamente perdedor.

Nuestra aptitud para generar talentos es, quizás, la más alta causa de esperanza con que contamos; sin embargo, es notorio que no recibe la atención que merece, como si pudiésemos confiar indefinidamente en el "error" de la naturaleza, que produce lo que el medio no puede asimilar. A fuerza de recibir frustraciones, en un marco económica, intelectual y moralmente cada día más pobre, la fertilidad natural de nuestra población puede cambiar y la pérdida de esa aptitud sería la condena definitiva del país a un largo tiempo de estancamiento.

Es urgente que Argentina detenga el proceso de deterioro de su capacidad formativa y constituya una organización social idónea para aprovechar las aptitudes que produce. De aquí que para dar curso a la creatividad la reversión de la actual situación de la educación y la investigación ha de ser una de las primeras prioridades del país. Si se debilitan las raíces de las aptitudes creadoras del hombre argentino, poco es lo que podemos esperar. Aunque son valiosísimos los esfuerzos para superar la crisis económica, dejar pasar el tiempo con miras a resolver primero este problema puede llevarnos a querer actuar en el otro aspecto demasiado tarde.

Ninguna historia puede escribirse cabalmente sin tener en cuenta los datos biográficos de las individualidades, y es en las dimensiones biográficas de los talentos frustrados o expulsados que debe narrarse uno de los capítulos más importantes de la historia de la Argentina de los últimos lustros. Es cierto que para algunos, sobre todo en las generaciones adultas, todavía es posible crecer, con gran esfuerzo, en los marcos de las propias individualidades, pero la sociedad en su conjunto debe hacerse cargo del peligro que la actual situación genera para su propio porvenir. Hay que encontrar, de inmediato, el camino para evitar nuestra deshumanizante relación entre talento y frustración.